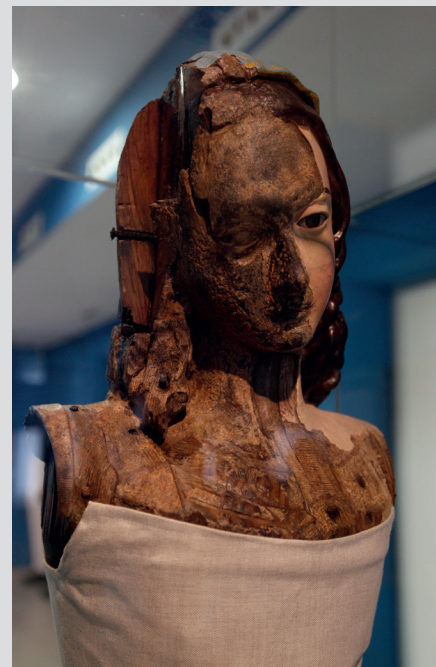


LEPANTO, 1571: el combate naval que marcó una época

El 7 de octubre se cumplen 450 años de la épica batalla que frenó el avance otomano en el Mediterráneo



Sala del Museo Naval de Madrid donde se recuerda la batalla y a su líder Juan de Austria. Virgen del Rosario (s. XVI) que se ha relacionado con la talla que el almirante regaló a la cofradía del Puerto de Santa María (Cádiz) y pudo llevar en su galera a Lepanto (Museo Naval de San Fernando).

EN las primeras décadas del siglo XVI, el imperio otomano y la corona española fueron consolidando su poder en el Mediterráneo y no tardaron en chocar abiertamente en el viejo mar.

Los turcos otomanos, asentados en el antaño Bizancio/Constantinopla (ahora Estambul), se interpusieron en las rutas venecianas hacia Oriente y avanzaron amenazadores sus escuadras hacia su límite occidental, al que significativamente denominaban «mar español».

La Monarquía Hispánica, por su parte, había ocupado plazas estratégicas en el Norte de África para hacer frente al peligro berberisco —expertos en la guerra de corso— y luchaba contra Francia por conservar su hegemonía en Italia, verdadera antemuralla contra el poder de la Sublime Puerta, como se conoció al gobierno de Estambul.

La ocupación de la isla de Rodas (Grecia) en 1522 y los sucesivos asedios de Viena (Austria) en 1529 y 1532 dejaron patente la agresividad turca en

tiempos del mítico sultán Solimán *el Magnífico*. Fue precisamente el fracaso ante los muros de la capital austríaca lo que recondujo los esfuerzos de Solimán hacia el Mediterráneo, al tiempo que París, enemigo acérrimo de Madrid, daba refugio en sus puertos del mediodía a la actividad corsaria berberisca.

Para frenar el avance otomano, España, Venecia y el Papado constituyeron una primera Santa Liga en 1538, cuya armada fue derrotada en Préveza (Grecia) ese mismo año.



Lienzo de grandes dimensiones que evoca la victoria de la Santa Liga en aguas del golfo de Patrás, «revelada» por un ángel al Papa Pío V.

Juan de Austria lideró la victoria de la Santa Liga, integrada por el Papado, Venecia y España



Recreación del combate, G. Battista de Cavalleri, 1572.



Objetos otomanos y cristiano.

Los cristianos perdieron el control del Mediterráneo oriental con excepción de la isla de Chipre: los venecianos llegaron a un acuerdo con los turcos para salvaguardar su comercio y Carlos I decidió centrarse en la defensa de sus posesiones en el Mediterráneo occidental.

Dicha estrategia de contención evitó enfrentamientos en el mar ante una armada turca muy superior. Sin embargo, no impidió la pérdida de algunas plazas norteafricanas, como Trípoli (1551) y Bujía (1555).

RELEVO EN EL TRONO HISPÁNICO

Los primeros años del reinado Felipe II no cambiaron la tendencia. Llegaron nuevos fracasos, más de uno, fruto de la precipitación con que se plantearon, como ocurrió en el desastre de los Gelves (1560), Túnez.

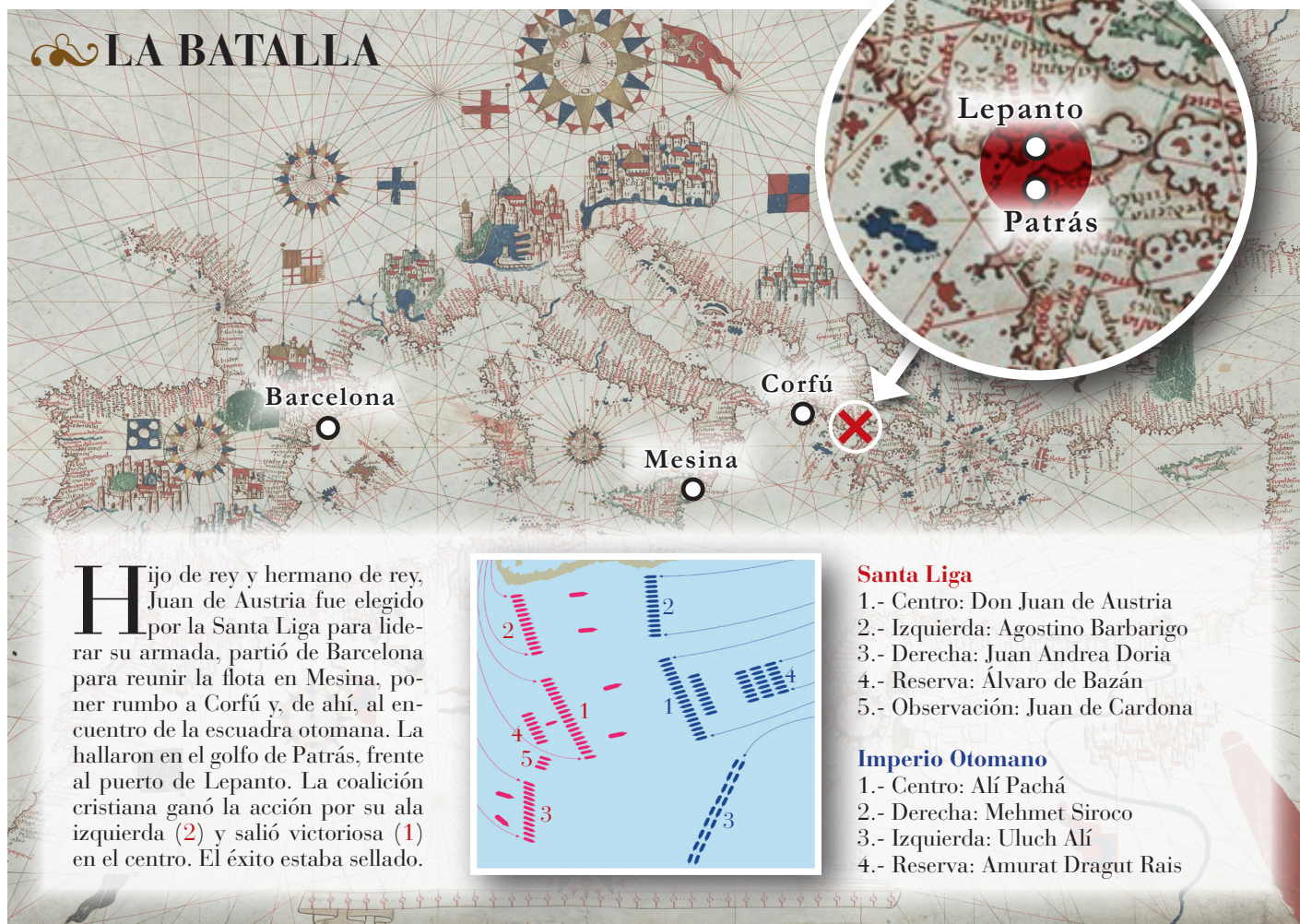
Por entonces, los otomanos pusieron el punto de mira sobre Malta, principal base del corso cristiano en el Mediterráneo y que asediaron en 1565.

La tenaz defensa que protagonizó la guarnición local —acción en la que

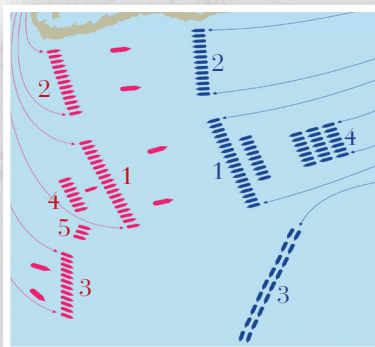
los españoles tuvieron un importante papel— frustró el sitio y esa inesperada victoria marcó un punto de inflexión en el enfrentamiento contra el turco.

Malta fue el inicio de un período de mayor actividad hispana, aunque, antes de pasar a la ofensiva, hubo que sofocar la rebelión de los moriscos en las Alpujarras granadinas (1568-1571).

Entretanto, el renegado calabrés Uluch Alí (Uchalí), bey de Argel, aprovechó la ocasión para arrebatarse a los españoles la plaza de Túnez (1569),



Hijo de rey y hermano de rey, Juan de Austria fue elegido por la Santa Liga para liderar su armada, partió de Barcelona para reunir la flota en Mesina, poner rumbo a Corfú y, de ahí, al encuentro de la escuadra otomana. La hallaron en el golfo de Patrás, frente al puerto de Lepanto. La coalición cristiana ganó la acción por su ala izquierda (2) y salió victoriosa (1) en el centro. El éxito estaba sellado.



Santa Liga

- 1.- Centro: Don Juan de Austria
- 2.- Izquierda: Agostino Barbarigo
- 3.- Derecha: Juan Andrea Doria
- 4.- Reserva: Álvaro de Bazán
- 5.- Observación: Juan de Cardona

Imperio Otomano

- 1.- Centro: Alí Pachá
- 2.- Derecha: Mehmet Siroco
- 3.- Izquierda: Uluch Alí
- 4.- Reserva: Amurat Dragut Rais

conquistada tres décadas atrás, durante el reinado de Carlos I.

Por su parte, el sultán Selim II, hijo de Solimán, mantenía la política agresiva de su padre lanzando sus fuerzas sobre Chipre, así la tomó en 1570.

El fracaso a la hora de socorrer la isla, posesión veneciana, reactivó la Santa Liga entre España, Venecia y los Estados Pontificios, firmándose el acuerdo el 25 de mayo de 1571 y comprometiéndose la monarquía española a sufragar la mitad de los gastos de guerra.

El príncipe don Juan de Austria fue nombrado general en jefe de la coalición y reunió sus escuadras en el puerto de Mesina (Italia) para ir en busca de la flota otomana en aguas griegas.

La armada cristiana se componía de unas 300 naves —dos tercios de ellas galeras— y más de 80.000 hombres, de



Bandeja conmemorativa de la conquista de Túnez (Carlos I), reproducción del s. XX.

los cuales 20.000 eran infantes, 8.000 de ellos, españoles; y la flota turca que encontraron estaba al mando de Alí Pachá, que había reunido tantas naves como la Liga y aún la superaba en hombres.

EL COMBATE

La gran batalla naval tuvo lugar el día de Nuestra Señora del Rosario, 7 de octubre de 1571, en el golfo de Patrás, frente al puerto de Naupacto, llamado también Lepanto.

Las galeazas venecianas, en vanguardia de la formación cristiana, hicieron estragos con su poderosa artillería y desorganizaron la línea turca antes de que su ala derecha se adelantara para tratar de envolver a la izquierda cristiana, pegada a la costa.

Mientras, por el centro se buscaban don Juan y Alí Pachá, como si de su encuentro se hubiera de decidir la

suerte del combate. Tra-
badas sus tablas, una piña
de naves se formó alrede-
dor de las capitanas para
alimentar el confuso cuer-
po a cuerpo, donde la in-
fantería de ambos bandos
disputó las cubiertas con
reiterados asaltos.

UN BAZÁN DECISIVO

La providencial llegada con
refuerzos del avezado y
sobresaliente almirante es-
pañol Álvaro de Bazán des-
equilibró la balanza a favor
de los cristianos, que dieron
muerte a Alí Pacha y rindie-
ron sus galeras, así como las
del ala derecha turca.

Solo el flanco izquierdo,
dirigido por el experimen-
tado Uchalí, consiguió al-
gún éxito al lanzarse por el
hueco abierto entre el cen-
tro y la derecha cristiana,
fruto de la arriesgada maniobra de Juan
Andrea Doria. Pero victorioso el centro
cristiano, el pronto socorro de Juan de
Cardona y Bazán pusieron en fuga al re-
negado arráez, que tuvo que abandonar
sus presas y seguiría constituyendo una
amenaza desde su base en Argel.

El combate había terminado. Por par-
te otomana, casi 200 naves malogradas
y cerca de 30.000 bajas entre muertos
y prisioneros, mientras que las fuerzas
cristianas perdieron una docena de ga-
leras y unos 8.000 hombres
(2.000 españoles), aunque
liberaron a 12.000 galeotes.

La victoria de la Liga no
dio los resultados estratégi-
cos esperados, pero frenó la
dinámica expansiva turca
en el Mediterráneo.

Los recelos y diferencias
dentro de la alianza cristia-
na la llevaron a desintegrar-
se a partir de 1573: Venecia
concertó una tregua con la
Sublime Puerta a cambio
de privilegios comerciales
y España recuperó efíme-
ramente Bizerta, Túnez y
La Goleta, que volvieron a
poder otomano al año siguiente.



Modelo de la
galera Real de
Juan de Austria.

*Más de 80.000
hombres lucharon
bajo la bandera de
la Liga; la fuerza
otomana incluso
superaba esa cifra*



Pendón de la Santa Liga que participó en Lepanto durante
su «visita» al Museo Naval de Madrid en 2017.

Por entonces, Felipe II
debía prestar atención a
una rebelión en Flandes, a
una guerra de religión en
Francia y a la enemistad de
su ex cuñada Isabel I de In-
glaterra, paladín de la cau-
sa protestante; así como a la
situación insostenible de la
hacienda española —firmó
una bancarrota en 1576—
para afrontar tan costosos
desafíos, lo que aconsejó la
suspensión de hostilidades
con Estambul en 1578.

Los turcos, también ex-
haustos, no habían podido
recuperarse totalmente del
fiasco de Lepanto y dieron
por bueno retener el con-
trol sobre el Mediterráneo
oriental, cambiando el foco
hacia sus fronteras terres-
tres en Persia y Hungría.

La tregua pactada puso
fin a las grandes operacio-
nes navales en el *Mare Nostrum* romano,
pero dejó abierta la puerta a la guerra de
corso, practicada a gran escala a partir
de la década de 1580.

ÉXITO SALVADOR

Esta confrontación hispano-otomana ha
sido, quizás, minimizada por la historio-
grafía en comparación con las grandes
empresas de la monarquía española en
Europa o América. Sin embargo, sus
contemporáneos la percibieron con tin-
tes apocalípticos, ya que
vivían atenzados por el te-
rror de la bajada del turco
en cada primavera.

La gran victoria de Le-
panto trajo esperanzas, la
prueba de que se podía
contener al imperio oriental
si existía concordia entre
los príncipes cristianos: la
historia daría ocasión para
demostrarlo en los futuros
sitios de Viena (s. XVII y
XVIII). Sin el apoyo de
toda Europa, la capital aus-
triaca habría sucumbido al
poder de la Sublime Puerta.

Germán Segura García
Fotos: Hélène Gicquel